

LA PRIMERA VEZ

7:45 p.m. Algo no está bien. Es un día gris, la lluvia no para. Entro a la estación con el corazón encogido. Las malas noticias, la gente corriendo, los empujones, el mal humor que inunda el ambiente. Es el cansancio de un día más, otra rutina cumplida, otro número tachado en el calendario.

Pero algo no está bien. Cierro la sombrilla y la guardo sin pensar que mojaré algunas cosas al interior de mi bolso. Saco la tarjeta e intento pasar, pero no tengo saldo. Me regreso, resignada, y me uno a la fila de la taquilla. No me doy cuenta que avanza hasta que alguien toca mi hombro. Lo miro por unos pocos segundos y me disculpo.

Con la tarjeta cargada paso el torniquete, bajo las escaleras y me uno a la multitud de personas que esperan el Metro. Pero hoy es diferente. No es el cansancio, no es el afán de llegar a mi casa, es algo más, algo que me tiene intranquila, algo que no está bien.

Llega el Metro y la gente rodea las puertas. Los entiendo. Hay prisa por llegar a casa, por descansar, por pasar la página. Finalmente logro entrar y me sostengo de una de las barras. Comienza el recorrido. Hoy, a diferencia de otras veces, escucho a la gente. Busco en el bolso mis audífonos para descubrir que los he dejado en la oficina. Repaso mi día mentalmente y pienso que algo no está bien.

En la siguiente estación me puedo abrir paso hacia una de las puertas. Miro a través de la ventana como cae la lluvia y en mi reflejo, las gotas parecen lágrimas. Aunque llueve, al interior del vagón el calor sube. Decido quitarme la chaqueta y llevarla amarrada al bolso. Miro hacia el interior y veo a un hombre leyendo un libro. En la portada dice: "El corazón delator y otros relatos. Edgar Allan Poe". Pienso en el autor y recuerdo cuando en el colegio, el profesor de español que tan mal nos caía, nos puso a leer "El gato negro".

-¡El gato!- dije en voz alta. Había olvidado por completo comprar la comida de Martes, el gato que hacía tres años había encontrado abandonado en una caja cerca a mi casa y que hoy en día era mi compañero y cómplice de vida.

En ese momento supe que el chico que leía el libro me estaba mirando. Había llamado su atención al hablar en voz alta y me sentí apenada. Lo reconocí. Era el mismo que me había tocado el hombro en la fila para que avanzara. Sentí más calor, como si la piel de mi rostro se tornara tan roja como un tomate. Di la vuelta hacia la puerta para mirar al exterior pero en el reflejo lo seguía mirando a él, y aunque él parecía leer, podía sentir su mirada sobre mi.

Se abrieron las puertas y salí a prisa de la estación. Ya no llovía, ya mi corazón no estaba encogido, se había acelerado. Sentía pena, pero ¿por qué? No lo sabía, no

sabía cual era la causa de mi estado, me sentía ansiosa, nerviosa. Bajé aprisa las escaleras e ingresé al Tranvía. Observé a mi alrededor como un hombre le mostraba a una sorprendida niña a través de la ventana algo; como una joven le cedía su puesto a una señora embarazada y como un niño mecía su cabeza al ritmo de la música que escuchaba en sus audífonos.

Antes de salir, las puertas del Tranvía se abrieron una vez más y para mi sorpresa, me encontré de frente al chico del libro. Nuevamente sentí pena y miré hacia otro lado. Había algo en él que me hacía sentir extraña, mi corazón se agitaba cada vez más y sentía como la mano con la que me sostenía, temblaba. Inició el recorrido y al voltear la mirada lo encontré sonriendo. Me intimidaba, me sentía nerviosa. Saqué mi celular e intenté mirar las notificaciones, pero no era capaz de concentrarme.

Por un breve momento volví mis ojos hacia los suyos. Fueron pocos segundos en los que me sentí por primera vez acompañada en mi rutinario viaje. Éramos él y yo, no había nadie más allí. Sentí un impulso de hablarle, pero ¿qué podía decirle?

El anuncio de la próxima estación me hizo reaccionar. Pasé a toda prisa por su lado para alcanzar la puerta, mientras presionaba el botón sentí su olor. Las puertas se abrieron y salí a toda prisa. Quería mirar atrás, pero me contuve. No era lo que buscaba, no era lo que esperaba, no era lo que quería. Mientras salía de la estación a toda prisa el agua comenzaba a caer nuevamente. Bajo las gotas de lluvia pensaba en aquel chico del libro al que tal vez nunca volvería a ver. –Que cobarde soy- pensé.

Antes de cruzar la calle y ver como el Tranvía se alejaba, sentí que por segunda vez me tocaban el hombro. Volví mi rostro y allí estaba el chico, mirándome, con una sonrisa casi perfecta: -Se te cayó esto- me dijo. En su mano tenía mi chaqueta. Revisé y en efecto se había caído de mi bolso. Un poco apenada le di las gracias. Agarré la chaqueta y comencé a caminar. Él se fue en dirección contraria. Sin embargo, estando bajo la lluvia, volví mi mirada hacia él, dos segundos después el volvió también su cabeza hacia mi.

En ese momento entendí que efectivamente algo no estaba bien, que ese día era diferente, que sin pensarlo y con el Metro de escenario, estaba asistiendo a la primera cita con el chico del libro al cual volvería a ver todos los días, ya no por casualidad, sino porque él y yo así lo queríamos.